

Prefacio

Esta obra es una edición del libro ilustrado que publiqué en 2005, en Éditions du Seuil. Repito aquí cuáles son sus propósitos. En primer lugar, subrayar la importancia de lo imaginario en la historia, y después mostrar que la Edad Media creó héroes y maravillas destinados a hacer soñar durante mucho tiempo, casi siempre sublimando las realidades sociales y materiales de la época: catedrales, caballeros, amor (Tristán e Isolda), juegos y espectáculos (juglares, trovadores y troveros), mujeres excepcionales situadas entre Dios y Satán (Melusina, la papisa Juana, Isolda, Valquiria). He querido, especialmente, seguir los avatares de lo imaginario a lo largo del tiempo, con sus eclipses y sus resurrecciones, a las cuales contribuyeron el romanticismo y que, hoy en día, permanecen gracias a nuevos medios de expresión artística como el cine y el cómic.

Todo eso, finalmente, debe dar valor y mostrar, a través de imágenes, la modernidad de la Edad Media.

Estoy profundamente agradecido a Laurence Devillairs, que tuvo la idea de este libro y que ha realizado, con inteligencia y discernimiento, la selección de las imágenes.



Introducción

La obra que propongo a la lectura y la mirada de quienes se adentren en ella se sitúa en un nuevo ámbito de la historia que está en plena expansión: el ámbito de lo imaginario.

Évelyne Patlagean lo define así: «El ámbito de lo imaginario está formado por el conjunto de las representaciones que desbordan el límite propuesto por las constataciones de la experiencia y los encadenamientos deductivos que ésta autoriza. Es decir que cada cultura, y por lo tanto cada sociedad, e incluso cada nivel de una sociedad compleja, tiene su imaginario. En otras palabras, el límite entre lo real y lo imaginario se revela como variable, aunque el territorio atravesado por él permanezca, por el contrario, siempre y en todo lugar, idéntico, pues se trata del campo entero de la experiencia humana, de lo más colectivamente social hasta lo más íntimamente personal».¹

En mi libro *L'Imaginaire médiéval*² me esforcé por definir el ámbito de lo imaginario. Primero, distinguiéndolo de conceptos vecinos. De la representación, en primer lugar. Évelyne Patlagean tiene razón al decir que lo imaginario se asemeja a un conjunto de representaciones, pero ese vocablo, muy general, engloba cualquier traducción men-

tal de una realidad exterior percibida: «Lo imaginario forma parte del campo de la representación, pero ocupa en él la parte de la traducción no reproductora, no simplemente trasladada a imágenes de la mente, sino creadora, poética en sentido etimológico». Lo imaginario desborda el territorio de la representación y es arrastrado más allá por la fantasía en el sentido estricto de la palabra. Lo imaginario construye y nutre leyendas y mitos. Puede definírsele como el sistema de los sueños de una sociedad, de una civilización que transforma lo real en visiones apasionadas de la mente. Lo imaginario también tiene que distinguirse de lo simbólico. El Occidente medieval pensó sobre el modelo de un sistema simbólico, empezando por la constante remisión del Nuevo Testamento al Antiguo, que sería su traducción simbólica. Para poner un ejemplo de una de las maravillas del libro de Victor Hugo, cuando el poeta, al hablar de Notre-Dame de París vista por Cuasimodo, señala lo siguiente: «La catedral no era para él solamente la sociedad, sino también el universo y toda la naturaleza», crea una catedral simbólica, pero también una catedral imaginaria, ya que «toda la iglesia tenía algo de fantástico, de sobrenatural, de horrible: con ojos y boca que se abrían aquí y allá». Por último, hay que distinguir entre lo imaginario y lo ideológico. Lo ideológico está investido de una concepción del mundo que tiende a imponer a la representación un sentido que pervierte tanto lo «real» material como lo otro real, lo «imaginario». El pensamiento y el verbo medievales están estructurados por una ideología que, para persuadir mejor, pone lo imaginario a su servicio: el tema de las dos espadas que simbolizan el poder espiritual y el poder temporal, puesto al servicio de la ideología eclesiástica que subordina la espada temporal a la espada espiritual, al lado de la imagen de la espada, que es uno de los elementos importantes del imaginario medieval, penetrado de pasión guerrera. El término imaginario remite sin duda a la imaginación, pero la histo-



ria de lo imaginario no es una historia de la imaginación en el sentido tradicional, es una historia de la creación y del uso de las imágenes que hacen actuar y pensar a una sociedad, ya que se desprenden de la mentalidad, de la sensibilidad y de la cultura que les impregnan y les animan. Esta historia ha sido posible desde hace unas décadas gracias al nuevo uso que los historiadores hacen de las imágenes.³ Jean-Claude Schmitt, uno de los historiadores que con mayor dedicación ha estudiado esta nueva historia de las imágenes (y a través de las imágenes), ha señalado que, para los historiadores, el nuevo sentido de la imagen se corresponde muy bien con los significados que, en la Edad Media, tenía el término «imago». «Efectivamente, esa noción está en el centro de la concepción medieval del mundo y del hombre. No solamente remite a los objetos figurados, sino también a las “imágenes” del lenguaje, además de referirse también a las imágenes “mentales” de la meditación y de la memoria, de los sueños y de las visiones...

»La noción de imagen concierne por último a la antropología cristiana en su conjunto, ya que la Biblia, desde sus primeras palabras, califica de “imagen” al hombre. Yahvé dice que lo crea “*ad imaginem et similitudinem nostram*” (Génesis 1,26).»⁴ Así pues, las imágenes que este libro incluye han sido posible gracias a la ciencia y a las investigaciones de Frédéric Mazuy, un notable iconógrafo. Esta obra no intenta presentar una visión global del imaginario medieval, sino solamente el de sus características a través de algunos componentes notorios del conjunto. Como se indica en el título, trata de héroes y de maravillas. El término «héroe», que en la Antigüedad designaba a un personaje fuera de lo común por su valor y sus hazañas, pero que no pertenecía a las categorías superiores de los dioses y los semidioses, con la Edad Media y el cristianismo desapareció de la cultura y del lenguaje en Occidente. Los hombres que entonces eran considerados hé-

roes, aunque no se pronunciase la palabra, eran un nuevo tipo de hombre, el santo, y un tipo de gobernante promovido al primer plano, el rey. A esas dos categorías de «hé- roes» de la Edad Media he consagrado recientemente un libro.⁵ Los héroes de los que se habla aquí son personajes de alto rango o de alto copete, que no se definen como santos o como reyes sino de otra forma. El término que, en el lenguaje medieval, más se acerca a lo que quiero designar es *preux*, un término que, a finales del siglo XII, dejó de ser un adjetivo y se convirtió en un sustantivo. El término, del que deriva la palabra *proeza*, en el siglo XII estaba vinculado al valor guerrero y al coraje, y casi siempre designaba a alguien intrépido, a un buen caballero. En el siglo XIII se orientó principalmente hacia el sentido de cortés, gentil, bello, franco. En los héroes aquí presentados se encontrarán esos lazos entre el valor guerrero y la cortesía. Algunos de esos personajes son históricos, pero rápidamente se convirtieron en legendarios. Es el caso de Carlomagno y el de El Cid. Otros son semilegendarios, que evolucionaron a partir de orígenes oscuros, y a veces inciertos, hacia un estatus de héroes. Es el caso del rey bretón Arturo, encontrado en una crónica de principios de la Alta Edad Media, o el del conde Roldán, sobrino real pero muy oscuro de Carlomagno.

Otros, por último, son puramente legendarios. Es el caso de un supuesto papa de sexo femenino, la papisa Juana, o el de un caballero bandido, protector de los débiles y vinculado al mundo del bosque, Robin de los Bosques, aparecido en las crónicas del siglo XIV, sin que sea convincente ningún acercamiento histórico. Y sin ninguna duda son los casos del hada Melusina y del mago Merlín. Esta primera lista muestra que, entre la historia y la leyenda, entre la realidad y la imaginación, el imaginario medieval construye un mundo mixto, mezclado, que constituye el tejido de la realidad que nace de la irrealidad de los seres que seducen la imaginación de los hom-

bres y mujeres de la Edad Media. Se puede apreciar que no hemos incluido ningún personaje que no haya obtenido en la Edad Media o más tarde un estatus legendario: Juana de Arco, por ejemplo, no hizo mella en las imaginaciones medievales y, cuando se convirtió en un personaje casi legendario, no se desvinculó verdaderamente de la historia o, si lo hizo, fue para convertirse, para algunos, en una verdadera santa, y para otros, en la portavoz de una ideología nacionalista. También se puede apreciar que la lista de los héroes aquí presentados es esencialmente masculina. Corresponde a este período, a esa civilización que Georges Duby ha llamado la «Edad Media viril». Sin embargo, la promoción de la mujer, también mediante la leyenda y el mito, no fue inexistente —nada más lejos— en la Edad Media, y aquí se encontrarán cuatro mujeres, muy diferentes unas de las otras. Una de ellas, personaje novelesco, está en el corazón del tema de la cortesía; es Isolda, a la que no he querido separar de Tristán y que da fe de la presencia en la realidad social y en el imaginario de la Edad Media de parejas célebres: Abelardo y Eloísa, san Francisco y santa Clara de Asís, Tristán e Isolda... No he separado en este estudio a Tristán e Isolda, como despiadadamente ha querido hacer la leyenda, afortunadamente sin conseguirlo. Otra mujer es el producto de los fantasmas de los clérigos. Ilustra perfectamente el miedo que esos guerreros brutales y torpes tenían a la mujer, a una nueva Eva, a sus encantos y sus maleficios. Qué escándalo, qué catástrofe si una mujer se inmiscuyera a traición en el cuerpo y la función de un hombre, el único que podía cumplirla. De ese miedo, de ese fantasma nació la legendaria papisa Juana.

Las otras dos mujeres de esta obra son sobrenaturales. Son feéricas y dan testimonio de la pervivencia en el seno del cristianismo medieval de personajes y temas legados por las creencias paganas combatidas y más o menos borradas, o simplemente superficialmente cristianizadas. Del

mundo germánico pagano procede la virgen guerrera que guarda las puertas del paraíso teutónico, el Walhalla. Es la valkiria. La otra viene del mundo céltico e infernal. Es Melusina. Querría subrayar desde ahora la importancia que tiene en el imaginario medieval lo que se llama, vagamente, «la cultura popular». Como este libro no ha prestado una atención especial a los objetos «maravillosos» —aunque se les encontrará al lado de los héroes—, no hay ningún artículo dedicado a ellos, tan importantes en el imaginario medieval: las espadas, como la Joyeuse de Carlomagno, la Tizona del Cid, la Durandal de Roldán o la Excalibur de Arturo; los cuernos, el más célebre de los cuales es el de Roldán; los filtros, que tienen un papel tan importante en la historia de Tristán e Isolda; y, por último, ese objeto misterioso y místico que se encuentra en la cúspide del ideal caballeresco, el Grial.

Además de personajes individuales, este libro presenta a personajes colectivos que frecuentaron el imaginario medieval. Como hemos dicho al hablar de las proezas, demuestran coraje guerrero, cortesía, o bien ambas cosas a la vez. Son el caballero, en el corazón del imaginario caballeresco, y el trovador, en el centro del imaginario cortesano. Les he añadido al gran bufón de la sociedad señorial medieval, el saltimbanqui, creador del juego, y el juglar, creador de la risa.

Así como los reyes y los santos han sido presentados en otro lugar, tampoco se encontrará aquí a otros seres superiores. Los innumerables seres que pueblan el cielo y los infiernos, y que muchas veces se pasean por nuestro mundo, ángeles y demonios que atacan o socorren sin cesar a los hombres, no pertenecen al conjunto de seres esencialmente humanos, aunque sean legendarios y míticos, que pueblan esta obra. Sólo hay una excepción: se trata de la Mesnada Hellequin, que los alemanes llaman «caza salvaje» o «aulladora» («*Wilde*», «*Wütende Heer*»), ya que esa tropa de cabalgadores fantásticos que atravie-

san las noches del imaginario de los hombres de la Edad Media está formada por seres humanos y representa un grupo «maravilloso» de espectros. No he consignado tampoco a los seres fantásticos de apariencia humana, ya que casi ninguno se distinguió hasta el punto de llegar a ser un elemento individualizado que la Edad Media haya legado a la posteridad. Son los gigantes y los enanos. En el caso de los enanos, sólo el enano de gran belleza de la canción de gesta *Huon de Burdeos*, Auberon, ha dejado con su cuerno mágico una huella en la historia musical gracias a la ópera romántica de Weber. En cuanto a los gigantes, el único que hay, además del malvado Morholt de *Tristán e Isolda*, y que se convirtió en un héroe positivo, llegó a ser santo, san Cristóbal, que lleva al Niño Jesús sobre sus hombros en el imaginario contemporáneo.

Por el contrario, se encontrará entre los héroes y las maravillas a dos representantes del mundo animal maravilloso.⁶ Los animales no sólo poblaron el entorno doméstico y salvaje de los hombres y las mujeres de la Edad Media con intensidad, sino que asaltaron o ilustraron su universo imaginario. Aquí están representados por un animal legendario, el unicornio, y por un animal real que llegó a ser legendario gracias a la literatura, el zorro. Al estar puestos al mismo nivel por los hombres y las mujeres de la Edad Media, ambos ilustran la ausencia de fronteras entre el mundo puramente imaginario y el mundo transformado en fantasía que caracteriza al universo medieval, que ignora cualquier tipo de demarcación entre lo natural y lo sobrenatural, este mundo y el del más allá, la realidad y la fantasía. Pero no se encontrará un apartado especial para un ámbito esencial de los animales imaginarios, el de los monstruos.⁷ Los monstruos son, en general, seres puramente malvados, y los héroes y las maravillas de nuestra obra son, o bien positivos o bien, como mucho, ambiguos. Aquí presentamos lo mejor del imaginario medieval. La otra vertiente, con los héroes, de esta obra, son las maravi-

llas.⁸ Lo maravilloso es una categoría legada por la Antigüedad, y más concretamente por el saber romano, a la Edad Media cristiana. El término, que aparece sobre todo en la forma *mirabilia*, en plural, designa realidades geográficas, y de manera general, naturales, asombrosas. La noción invade la literatura y la sensibilidad medievales a través de las lenguas vulgares; *merveille* se encuentra en francés antiguo desde el siglo XIII en la *Vida de san Alejo* y en el *Cantar de Roldán*; otros términos surgidos del latín sobre el mismo modelo se encuentran en italiano (*meraviglia*), español (*maravilla*) y portugués (*maravilla*); al mismo tiempo, el alemán propone *Wunder* y el inglés *Wonder*, y las lenguas eslavas, como el polaco, utilizan el término *Cud*. Lo maravilloso forma un sistema con lo milagroso y lo mágico.

Lo milagroso está reservado a Dios, y se manifiesta en un acto divino que desafía las leyes de la naturaleza. Lo mágico, aunque subsista una forma lícita de magia blanca, es esencialmente una forma condenable de brujería imputable al enemigo del género humano, el diablo, o bien a sus secuaces, los demonios y los brujos. Lo maravilloso, asombroso e incomprensible, sin embargo, pertenece al orden de la naturaleza. En la obra los *Otia imperialia*, enciclopedia escrita por el emperador Otón IV hacia 1210, el inglés Gervais de Tilbury define lo maravilloso de la siguiente manera: «Lo que escapa a nuestra comprensión, aunque sea natural». La categoría de lo maravilloso no dejó de ampliarse a lo largo de la Edad Media, ya que hacía entrar, en el territorio terrestre y humano, bellezas que, en cierta forma, habían sido arrebatadas a Dios por la industria de los hombres.

El ámbito de lo maravilloso es el del asombro de los hombres y las mujeres de la Edad Media. Suscita la admiración. Realza la vista, el sentido más ejercido y más alabado por el hombre medieval. Lo maravilloso hacía que los hombres y las mujeres de la Edad Media abriesen desme-

suradamente los ojos, a la vez que excitaba sus mentes. Lo maravilloso se muestra en esta obra bajo la forma de tres edificios, cada uno de ellos consagrado a uno de los tres principales poderes que dominan y dirigen la sociedad medieval. El primero es Dios y sus sacerdotes, y la maravilla es la catedral. El segundo es el señor feudal, y la maravilla es el castillo. El tercero es la sociedad monástica, y la maravilla es el claustro. Cada uno de estos tres edificios abraza un espacio cerrado maravilloso. Son recuerdos del Edén y del Paraíso, territorios maravillosos del espacio.

Nuestro imaginario medieval está evidentemente vinculado con el espacio y con el tiempo. Desde el punto de vista del espacio, es fundamentalmente europeo. Aunque, en algunos casos, el héroe o la maravilla están más vinculados con una parte de la cristiandad; no quedan encerrados en ella: así, Arturo y Robin de los Bosques son principalmente británicos, el Cid es sobre todo español, Melusina hizo soñar en Francia y en Chipre, donde la familia feudal de los Lusignan cubrió con ella su corona, la valquiria en los países germánicos y escandinavos.

Desde el punto de vista cronológico, he querido presentar aquí el imaginario creado y modelado por la Edad Media. He dejado de lado lo que procedía, por una parte, de la Antigüedad grecorromana, y por otra, de Oriente. En el artículo «El caballero, la caballería» se verá, a propósito de las proezas, cómo los hombres del siglo XIV transformaron en modelos de valentía, junto a ilustres personajes de la Edad Media, a tres personajes antiguos (Héctor, Alejandro y César) y a tres personajes bíblicos (Josué, David y Judas Macabeo). En esta obra no se encontrarán estos modelos, que fueron aprovechados por la Edad Media. Tras mucho dudarlo, también he excluido a Alejandro, que conoció una boga excepcional en el imaginario medieval, pero que no es una creación. Asimismo, tampoco he dejado a los héroes bíblicos, que no sólo no fueron inventados por la Edad Media, sino que fueron

transformados, por los clérigos medievales, en otra cosa: en general los héroes o los modelos, con excepción de los tres modelos bíblicos, del sistema de los nueve modelos. Si bien David vivió en la Edad Media, fue tanto rey como músico. Y si Salomón tuvo una historia tormentosa durante el período medieval, pasando de la imagen de un brujo maléfico a la de un sabio benefactor, no se adecua a la problemática de los héroes y de las maravillas. En los márgenes de este mundo se sitúan, me parece, un solo personaje del Antiguo Testamento, Jonás, maravillosamente engullido y vomitado por su ballena, y ese mundo de temibles maravillas que el cristianismo incluyó en el Nuevo Testamento, pero que le siguen resultando, a pesar de su éxito, extrañas: son los héroes y las maravillas monstruosas del Apocalipsis. Oriente, y más concretamente la India, fue una de las grandes fuentes del imaginario medieval.⁹ Pero sólo un héroe indio, por otra parte cristiano, quedó individualizado en el Occidente medieval, es el Preste Juan, rey-sacerdote que habría enviado en el siglo XII una carta a los occidentales en la que describía las maravillas de la India. Sin embargo, ese texto no circuló más que en medios eruditos, y el Preste Juan no llegó a ser lo suficientemente popular como para figurar entre los héroes y las maravillas del Occidente medieval. Esa difusión especial de los mitos está estrechamente ligada a la historia de las civilizaciones. El área de este libro es la cultura cristiana medieval y sus ancestros: la Biblia, la Antigüedad grecorromana y las tradiciones paganas célticas, germánicas y eslavas, especialmente. Su amplia difusión social crea un territorio compartido entre lo que se llama la alta cultura y la cultura «popular». Así que a menudo hay que zambullirse en las profundidades del folclore europeo e internacional y evocar las lejanas herencias o comunidades de cultura de lo que se llama el sistema indoeuropeo (evocado, por ejemplo, a propósito de Arturo o Melusina). Pero sin negar esos parentescos, e incluso pertenencias,

hemos insistido sobre todo en la fuerza creadora del Occidente medieval, tanto en el ámbito de lo imaginario como en el conjunto de los ámbitos de la civilización y sobre la originalidad de la mayoría de sus creaciones. La elaboración datable de la utopía de la Cucaña es un buen ejemplo. Y para poner el ejemplo de un héroe colectivo muy presente en este imaginario, el caballero, los caballeros medievales. ¿Pueden éstos reducirse a los héroes de la segunda función indo-europea, a los *equites* romanos, a los samuráis japoneses? ¿O el espíritu caballeresco es una creación y una herencia de la Edad Media europea?

Asimismo, como en general un mito está vinculado a un tiempo o a un espacio, la manera en la que la Edad Media occidental unió sus héroes y sus maravillas a lugares, aunque no fueran sus lugares de nacimiento, les confirió una fijación geográfica significativa, así se tratara de una geografía real o imaginaria.

Desde un punto de vista cronológico, ese imaginario también se formó a lo largo de toda la Edad Media, desde el siglo IV al XIV. Pero sobre todo floreció y se constituyó esencialmente en un universo más o menos coherente en el gran período del Occidente medieval, que no sólo conoció su gran auge, sino que demostró su supremacía al hacer que los valores, y con ellos las imágenes, descendieran del cielo a la tierra. Los héroes y las maravillas de la Edad Media son las luces, las hazañas de la instalación de los cristianos sobre una tierra que decoran como si tuviera la gloria y el encanto del mundo sobrenatural. Así como la Jerusalén celestial había bajado del cielo a la tierra, los héroes y las maravillas suscitados y creados por Dios fueron recordados y exaltados por los hombres de este mundo. Esta obra quiere ser una ilustración del gran movimiento de conversión a este mundo de los cristianos de la Edad Media, en un contexto de leyendas y mitos.¹⁰

La historia de lo imaginario es también en gran medida, y en profundidad, una historia duradera. Esta obra

propone los héroes y las maravillas de la Edad Media tal como ésta los construyó, veneró, amó y, posteriormente, legó a los siglos venideros. Durante ese tiempo, siguieron viviendo, transformándose en una combinación de remisión al pasado, adaptación al presente y apertura al futuro. En cierta forma, es una historia de las actitudes con respecto a la Edad Media, al «gusto de la Edad Media» (para recuperar el título de un hermoso libro de Christian Amalvi).

Esta obra es la prolongación, en el ámbito de lo imaginario, de mi ensayo *L'Europe est-elle née au Moyen Âge?*¹¹ [*¿Nació Europa en la Edad Media?*] Veremos que, aunque los cimientos esenciales de Europa han subsistido desde la Edad Media, la herencia de los mitos, de los héroes y de las maravillas fue víctima de un olvido, de una «pérdida» en los siglos XVII y XVIII, período durante el cual se formó y reforzó, desde el humanismo a la Ilustración, una imagen «negra» de la Edad Media: época de oscurantismo, mundo de tinieblas, *dark ages*. Salvo excepciones, los héroes y las maravillas de la Edad Media volvieron a convertirse en «bárbaros» —la evolución del gótico vinculado a la catedral es a este respecto ejemplar— o, peor aún, fueron recubiertos por un olvido semejante al yeso y a la cal con el que se disimulaban los frescos románicos.

El romanticismo, por el contrario, hace que resuciten las leyendas y los mitos de la Edad Media, les hace revivir en lo imaginario y crea una leyenda dorada. Esta obra es una ilustración de los avatares de la memoria, de los eclipses y las resurrecciones, de las transfiguraciones de una civilización en lo que tiene de más brillante, de más brillantemente emblemático.

La investigación realizada hasta hoy sobre las metamorfosis del imaginario medieval da cuenta de la manera en la que surgen héroes y maravillas, restituyéndoles su «verdad, sin por ello arrebatárles el aura que explica su éxi-



to y su función histórica. La Edad Media está hoy de moda, con sus luces y sus sombras.¹² Esta obra quiere aportar una contribución a esa boga de la «nueva» Edad Media, mostrar de dónde viene, qué es y qué perspectivas tiene de futuro, europeo o mundializado.

Al hacerlo, esta investigación, que presenta al lector más pistas que resultados, también pone de manifiesto que la historia, hecha a partir de documentos que propician técnicas de resurrección del pasado, cambia y se transforma junto con los medios de expresión y de comunicación inventados por los hombres, al igual que lo escrito sustituyó a lo oral en la Edad Media. Veremos aquí, tras el renacimiento del romanticismo, un tercer renacimiento del imaginario medieval con dos importantes inventos del siglo XX: el cine¹³ y el cómic.¹⁴ Si hay alguna historia profundamente perpetuada y renovada por las grandes oleadas de las revoluciones del texto y de la imagen, es la historia de lo imaginario.



